



Gregorio Marañón Moya con Marino Gómez-Santos

CONVERSACION CON

G R E G O R I O M A R A Ñ O N M O Y A

Por MARINO GÓMEZ-SANTOS

PARA aquellos que tenemos la suerte de haber conocido al doctor Marañón, una entrevista con su hijo es siempre algo más que una conversación. Porque Gregorio Marañón Moya —abogado, político, escritor, conferenciante— es el continuador de una casta nobilísima que sigue sirviendo a España en la misma línea de inteligencia, de eficacia y de amor.

En su despacho de la calle de Serrano, materialmente abarrotado de libros y de recuerdos familiares, Gregorio Marañón Moya suspende su trabajo para contestar a nuestras preguntas.

1915. Nace en Madrid. A los cinco, a los seis, a los siete años, su abuelo, el ilustre periodista don Miguel Moya, fundador de la Asociación de la Prensa, acostumbraba a llevarle a los toros.

—Por entonces, Carmen, mi hermana mayor, y yo almorzábamos todos los domingos en su casa de Serrano, 4. En primavera y verano me llevaba a los toros, y todas las tardes repetía la gracia de decirme que no íbamos. Comenzábamos a andar, Alcalá arriba. Pasaban los coches, los célebres «simones», y no los tomaba. Yo me deshacía en la angustia de pensar que aquella tarde no íbamos a los toros. Hasta que, por fin, pasaba un tercero o cuarto coche y mi abuelo lo paraba: «A la plaza», le decía al cochero. Todos los cocheros le conocían y le llamaban cariñosamente «Don Miguel». Mi abuelo era entonces director del diario *El Liberal*, diputado por Huesca y senador. No recuerdo persona que fuera tan popular como él por las calles de Madrid.

Entonces iban abuelo y nieto a la plaza de toros vieja, donde hoy está el Palacio de los Deportes. Gregorio se acuerda de haber asistido a una de las últimas corridas de Joselito y, desde luego, a muchas de Belmonte.

—¿Cuál es tu primer recuerdo?

—Uno de los primeros está relacionado, precisamente, con mi abuelo Moya. Veraneábamos en San Sebastián, en dos pisos que teníamos en el barrio de Gros. Una mañana, cuando regresábamos de la playa mis hermanas y yo, mi abuelo había muerto. Aún recuerdo el dolor de mi madre.

Y luego otro recuerdo, infantil y freudiano:

—Tendría yo cuatro o cinco años cuando me ocurrió algo que me produjo un «complejo» que no superé hasta ya muy mayor. Una noche, cenando con mis tres hermanas y la institutriz, que era francesa, ésta me dijo una cosa tremenda: «Tus tres hermanas son hijas de tus padres, pero tú eres hijo del basurero. Allí has nacido.» Yo me levanté de la mesa, me fui corriendo y casi llorando a la cocina,



Marañón Moya ante su mesa de trabajo en su despacho de la calle Serrano

donde estuve mucho rato contemplando el cubo de la basura. Había, claro, lo de siempre: cáscaras de huevo, mondas de patatas, carbón y ceniza... Me quedé como muerto. Aquella impresión me duró muchos años, casi toda mi primera infancia.

Primer colegio: el Alemán. Cuatro años. A los diez, comienza el bachillerato en el Liceo Francés, donde lo termina, ampliando estudios en el Instituto Francés.

En su casa, al volver cada día del colegio, daba clases de inglés y de solfeo. Y recuerda los amigos que habitualmente rodeaban a su padre: Ramón Pérez de Ayala, Teófilo Hernando, el Duque de Arión, Juan Belmonte, Sebastián Miranda, el Marqués de Bellamar. Y algunas veces don José Ortega y Gasset, Luis López Dóriga y muchos más.

—Uno de los grandes amigos de mi padre fue el Marqués de la Vega-Inclán, fundador del turismo español: Casa del Greco, en Toledo; Museo Romántico, de Madrid; Casa de Cervantes, en Valladolid; Barrio de Santa Cruz, en Sevilla; Parador de Gredos, etc.

—¿Recuerdas cuándo tu padre compró el Cigarral de Toledo?

—Sí. Tenía yo unos seis años. Mi padre lo compró con mucha ilusión, pues había conocido ese Cigarral de niño, con don Benito Pérez Galdós. Por cierto, recuerdo que le costó cuarenta y ocho mil pesetas. Fue un convento de menores, orden extinguida, y mi padre la gozó reconstruyendo el edificio. Estaba entusiasmado. En ese Cigarral escribió Tirso de Molina, y vivieron los hermanos Bécquer, el pintor y el poeta; y vivió y escri-

bió Barrés. Hace pocos años, el Alcalde de París y nuestro Conde de Mayalde colocaron en el Cigarral una placa en recuerdo de Maurice Barrés.

Corre el tiempo, y Gregorio tiene que plantearse, como todo muchacho que termina su bachillerato, el problema de la carrera, de la vocación.

—Yo he tenido vocaciones tardías. Pero, realmente, desde niño, quería ser lo que ahora soy: abogado. Una persona que se ocupa, con ilusión y con disciplina, de pleitos ajenos y de cosas públicas y, si quieres, políticas. El resto de mi tiempo lo dedico a leer historia y novelas y a escribir alguna conferencia que me encargan amablemente o algún artículo más o menos oportuno.

En el momento de la mayor gloria profesional de su padre, Gregorio Marañón Moya recibe influencias de amigos y familiares que le instaban a estudiar la Medicina.

—Mi padre, en esta cuestión, no influyó en mí lo más mínimo para que eligiera los estudios de Medicina. Pero sí, y mucho, sus colaboradores y amigos. Oía yo una y otra vez lo tan conocido de «eres hijo único y con hacerte médico, hijo de Marañón, ya está todo resuelto para ti». Era la época de los dos Bachilleratos, el de Ciencias y el de Letras y yo había estudiado y aprobado los dos. Estudié tres cursos de Medicina con mucho rigor y amor propio. Trabajé dos años, en la Residencia de Estudiantes, con don Pío del Río Hortega, el discípulo de Cajal, el histólogo genial a quien debo mucho, pues él me enseñó Histología y cosas de la vida y de los hombres, que no olvidaré jamás. De haber seguido

la Medicina me hubiera dedicado a la Histología y a la Anatomía patológica con él. Don Pío, gran español y genial científico, murió en el exilio, en Buenos Aires, hace ya años. Todos los libros de Histología que se editan por el mundo están llenos de los nombres de Cajal y de Río Hortega.

Gregorio no llegó a asistir a las clases de su padre, pues eran del Doctorado, pero iba por el hospital, asistía a las sesiones clínicas y vivía aquel ambiente ejemplar del Instituto de Patología Médica del doctor Marañón.

—Fue precisamente allí en donde me convencí para siempre de que no tenía la menor vocación a la Medicina. La hubiera ejercido sin amor. A mi padre le encantó aquella decisión mía, por cuanto era sincera y auténtica.

El tránsito de la Medicina al Derecho fue para Gregorio natural, pues todos sus antepasados habían sido destacados hombres de Leyes. Su abuelo paterno, don Manuel Marañón y Gómez-Acebo, autor de las célebres Leyes de Medina y Marañón, fue muchos años Vicepresidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

—Entré —dice— en la Facultad de Derecho como en mi propia casa. Aquel «clima» era el mío. Lo advertí en seguida. Y quiero recordar a mis dos grandes maestros: don Felipe Clemente de Diego y don Nicolás Pérez Serrano.

En vísperas de la guerra civil, Gregorio tiene veintiún años y empezaba su servicio militar en el cuartel de la Moncloa, pero ya actuaba activamente en los ambientes políticos de entonces.

—Estaba muy en contacto personal con José Antonio. Con él, con Pedro Gamero del Castillo y con Juan José Pradera intentábamos la disolución de la F. U. E. y la unificación estudiantil. Rafael Calvo Serer ha contado recientemente en un extenso trabajo todas estas actividades anteriores al 18 de julio, pues él también participó en ellas.

Ha empezado la guerra civil. A Gregorio le van a buscar las milicias al cuartel y a su casa. Se refugia en la Embajada de Polonia y es evacuado, por Alicante, hasta Marsella.

—Me presenté inmediatamente en Salamanca y salí para el frente de Madrid, en donde estuve unos meses como soldado. Pedí al general Kindelán mi ingreso en Aviación, pero no sé porqué mi instancia no fue admitida. Entonces ingresé en la Academia de Alféreces Provisionales de Granada y ya como oficial volví al frente de Madrid. Allí fui durante muchos meses ayudante del general Ríos Capapé, que mandaba la Ciudad Universitaria. Le recuerdo siempre con emoción y con gratitud. Le debo a él cuanto sé de la vida militar.

La guerra ha terminado. Gregorio es llamado a Burgos por el Gobierno recién constituido, el que va a entrar en Madrid.

—Pedro Gamero del Castillo, Vicesecretario general del Movimiento y Ministro sin cartera, me ofreció la Secretaría política, de la que poco más tarde fui jefe con él y con el general Muñoz Grandes, entonces Ministro Secretario general. Allí estuve hasta 1942, cesando en aquel puesto cuando cesaron Gamero y el general.

Gregorio se casa con Patricia Bertrán de Lis y Pidal, hija del marqués de Bonad Real y nieta del marqués de Pidal. Y se dedica durante muchos años exclusivamente al ejercicio de su profesión de abogado, a dar conferencias, a escribir artículos y trabajos profesionales y sobre temas de actualidad.

—En 1960 me llama Fernando Castiella, viejo amigo mío, por quien tengo gran afecto y admiración, y me envía en misión oficial a Buenos Aires. Después viene lo que bien sabes y has vivido como amigo mío: Delegado de España en las Naciones Unidas, Procurador en Cortes, Director del Instituto de Cultura Hispánica, Consejero nacional, etc.

Hablamos del Instituto de Cultura Hispánica y de sus problemas inmediatos.

—El problema esencial es el de hacer del Instituto de Cultura Hispánica el organismo máximo de la gran política cultural hispanoamericana. Todo ello depende fundamentalmente de la ampliación de los actuales presupuestos. Tengo que decir que el Jefe del Estado, el Ministro de Asuntos Exteriores, el Gobierno en pleno, han apoyado decisivamente este sentido de la política hispanoamericana, política primordial de nuestra Patria. Si la gran misión de España es ser el puente entre América y Europa, es decir, el puente de la comunidad atlántica, el Instituto de Cultura Hispánica tendrá que ser algo muy importante.

Nos referimos a la política becaria. Gregorio nos dice que en 1945 había en España 12 estudiantes hispanoamericanos, a los que se ha llamado con razón «los doce apóstoles». Hoy, los estudiantes de América latina que amplían sus estudios en nuestras Universidades pasan de 14.000.

—Esta es la gran fuerza política de la hispanidad—nos dice Gregorio.

Insiste en que esa fuerza es un verdadero tesoro para el futuro inmediato, que está en nuestras manos y que hay que apoyar sin limitación de ninguna clase.

—Cuando me incorporé al Instituto, las becas no llegaban a 70. Hoy pasan de 600.



Su biblioteca personal está llena de recuerdos entrañables

Gregorio Marañón Moya es hombre de actividad admirable, como lo fue su padre.

—¿Cómo organizas tu día?

—Cuando se tiene mucha actividad, en lo privado y en lo público, y, por lo tanto, un trabajo francamente abrumador, yo creo que la mejor manera de organizarse la jornada de cada día es... ¡no organizarla! Que las cosas vayan surgiendo y se vayan resolviendo. Los que tienen su reloj y su calendario matemáticamente prefijado y bien repleto de secretarios y ayudantes... cunden poco. ¡Lo importante es, creo yo, el saber trabajar veinticinco horas diarias!

—Supongo que para atender a la Dirección del Instituto de Cultura Hispánica, las Cortes, etc., has desatendido tus asuntos personales.

—No he desatendido nada. Mis puestos oficiales son compatibles con mi trabajo profesional y mi despacho está atendido y en orden. Aprovecho esta pregunta para decir que el Instituto tiene un equipo permanente de colaboradores, funcionarios y empleados verdaderamente ejemplar y admirable. Es un equipo disciplinado, entusiasta, trabajador. Yo, que he tenido otros cargos oficiales en la política española, he visto pocas veces un equipo semejante. Se merece todos los elogios.

Continuamente Gregorio Marañón Moya hace viajes por Europa y América.

—¿Cuál es el recuerdo que recoges en el extranjero de tu padre?

—Más que como hijo de mi padre, te contesto objetivamente como un español

cualquiera. El recuerdo permanente que en Europa y en América se tiene del doctor Marañón es un orgullo nacional. Las grandes figuras, cuando mueren, pasan por etapas de olvido y de silencio, etapas que duran más o menos hasta que vuelven a resurgir para pasar definitivamente al puesto que les corresponde en el gran museo de la Historia. Con mi padre ocurre una excepción dentro de los límites de la envergadura de su propia personalidad. Hace ya cinco años que murió y su presencia está más viva, más actual que nunca. En viajes oficiales he estado estos últimos meses en Roma, en Turquía, en Berlín, en Copenhague. En ambientes universitarios o políticos; en la prensa; con multitud de amigos y de desconocidos, he comprobado una vez más cuanto te tigo. Y no hablemos de América, en donde el homenaje a su memoria es permanente.

Para terminar, le preguntamos:

—¿Sientes las cosas que dejas de hacer?

—No. Y dejo de hacer muchas, como nos pasa a todos. ¡Pero creo que de las cosas que no se hacen hay que hacer nuestra mayor ilusión! El conseguir eso es casi la felicidad. Le mantiene a uno en plena forma, en pleno estilo deportivo ante la vida. Porque las cosas que se hacen, pues ya sabes, se archivan y en paz.

Gregorio Marañón Moya sabe mantener bien alta y constantemente encendida la antorcha de los valores nobles que aprendió de aquel español ejemplar que fue su padre.